

Desirée

SEUDÓNIMO: VIAJERO EN EL TIEMPO

Soy quien soy por Desirée. Su muerte quiso que alguien tan mediocre y prescindible como yo hiciera posible lo imposible: el *viaje en el tiempo*. La teoría de la relatividad de Einstein, la navaja de Occam y la conjetura de consistencia de Novikov fueron mi inspiración pero los años de trabajo incansable en los que dilapidé mi juventud me permitieron, en última instancia, poner a prueba y rebatir los argumentos de David Lewis.

Lo primero que me vino a la cabeza fue la Roma clásica. Puede que esta elección suene a cliché barato para el primer viaje en el tiempo de la Historia; sin embargo, el espectáculo de fuego y destrucción que presencié (tal y como los cronistas apócrifos de la época describieron) colmó mis expectativas por completo. Ni yo llevé conmigo una lira ni vi a Nerón cantando ebrio versos sobre Troya. Tan solo contemplé las llamas con el estupor de un niño fascinado que graba sus primeros recuerdos en el lógamo su memoria. Pude oler la carne quemada, sentir el crujir de cada trozo de madera ardiendo, ver los ojos desencajados de cuantos pasaban por mi lado sin verme mientras atravesaban mi esencia no corpórea como si me tratase de un fantasma de película. Al regresar a mi presente lo supe: había hecho posible el viaje en el tiempo.

A partir de ese momento recorrí un sinfín de escenarios del pasado, episodios que constituían los paisajes literarios de mi juventud. Contemplé el hundimiento del Titanic, las fastuosas bacanales de Calígula, la toma de la Bastilla, el descubrimiento de América, la revolución bolchevique; acompañé a Imhotep en la construcción de la pirámide escalonada de Saqqara, a Servilio Casca por los alrededores del teatro de Pompeyo mientras consumaba el complot contra Julio César, al gran Alejandro en la batalla de Gránico, a Napoleón en Borodino. Fueron meses de viajes en el tiempo de los que (aparentemente) regresaba sin apenas repercusión en mi vida diaria puesto que, a mi vuelta, tan solo había transcurrido un minuto de mi partida. Jamás intenté viajar adelante; un miedo atroz a conocer mi futuro me lo impedía. Ni siquiera hoy, pasado todo lo que ha pasado, me atrevo a dar ese paso. El caso es que no fue hasta más o menos un año del inicio de mis viajes que comencé a plantearme la posibilidad de hallar explicación al hecho más determinante de mi vida: la decadencia y muerte de Desirée.

Me enamoré de ella a los catorce años. Fue algo arrollador y fatídico (como cualquier amor juvenil). A saber: chico tímido conoce a chica popular; su realidad cambia por completo; él nunca le revela sus sentimientos; pasan dos años, siete meses y veinticuatro días de miradas sin respuesta; ella muere y él se queda estancado en ese momento de su vida. El caso es que no volví a ser el mismo. Mis padres vieron el episodio de un modo muy diferente. Si bien fui cayendo en un ensimismamiento claramente patológico, mi entrega absoluta al estudio compensaba (a la larga) las incomodidades del adolescente difícil y retraído en el que me iba

convirtiéndolo. Mientras mis compañeros salían con chicas yo releía clásicos de física cuántica y molecular al tiempo que establecía conexiones teóricas cada vez más trascendentes. Y es que a cada uno le da por lo que le da. Sin ir más lejos, el mismo día que un amigo me contó que había dejado embarazada a su novia yo concluía con éxito las bases experimentales de lo que (años más tarde) sería el modelo definitivo del viaje en el tiempo.

El recuerdo de Desirée, en lugar de desaparecer, se fue acrecentando con el paso de los años. Supongo que sufría los efectos de una identidad difusa. A pesar de que debería haberla borrado de mi recuerdo, me reconcomía la idea de haber alcanzado un hito en la historia de la humanidad y no haber sido capaz de evitar su muerte. En cualquier caso, tampoco conocía las causas. Hubo muchos comentarios, teorías malintencionadas que, de haber ocurrido a día de hoy, se habrían hecho virales en las redes sociales. Sin embargo, una versión (que la familia nunca llegó a confirmar) se impuso frente a las demás: Desirée sufría esquizofrenia. Al parecer, durante una de sus cada vez más frecuentes crisis de delirio, y a pesar de la medicación que tomaba, acabó con su vida.

No sabría explicar qué me hizo traspasar la frontera de lo permisible para adentrarme en el mundo de la intimidad de la chica que amé. Comprendía que aquello no había sido más que un enamoramiento adolescente sin recorrido alguno. Pero quise recuperarla, entenderla, aunque aquello me doliera, aunque me impidiera madurar. Además, anhelaba recordar su rostro, su sonrisa, su forma de caminar. Y

deseaba, más que nada, acompañarla (aunque solo fuera como una presencia etérea) y compartir vicariamente el sufrimiento que se la llevó. En mis manos estaba hacer lo que nadie había podido, lo que a lo largo de los siglos tanta gente había deseado en vano; rescatar su luz de las sombras, de su muerte, del ataúd donde su cuerpo eternamente joven quedó encerrado hacía tantos años. Sería solo para mis ojos, para mis ojos de hombre adulto tan alejado ya del adolescente que lo habría dado todo por una simple mirada. Ya no me miraría, nuestro tiempo se había acabado. Las segundas oportunidades no tenían cabida en este nuevo escenario, pero sí un pase privado al pasado para recordar, para comprender los meses que precedieron a lo que pasó.

La primera vez me sentí incapaz. A pesar de los cientos de viajes que llevaba a mis espaldas, no pude accionar el artefacto y transportarme hasta aquel episodio de la historia pues iba a ser un viaje a un rincón de mi alma, al vacío de su ocaso. No fue hasta una tarde de jueves que irrumpí en mi habitación, lo dispuse todo y, sin apenas tiempo para recapacitar, me vi transportado a la casa de Desirée. Mi primera reacción fue de estupor. Mi mente seguía anclada en las comedias adolescentes de televisión. Había imaginado su dormitorio como el camerino de una artista de Hollywood: con un tocador, con su espejo de maquillaje repleto de bombillas brillantes y con una cama con dosel en tonos pastel. En cambio, su habitación era muy sencilla, casi como la mía. Tan solo había algún póster de un par de cantantes del momento y varios recuerdos del colegio colgados en las paredes. Ella entró de pronto. Parecía enfadada y los gritos de su madre se ahogaron al cerrar la puerta de

golpe. Traté de echarme a un lado pero Desirée me atravesó sin inmutarse (nunca me acostumbraré a esto). Cuando me volví se estaba desnudando y regresé de inmediato al presente.

Un inmenso sentimiento de culpa me invadió. Desirée estaba muerta. Había muerto hacía ya treinta años. Yo sobrepasaba los cuarenta y ella seguía siendo la niña de entonces a través de esa ventana del tiempo que solo yo podía abrir realizando unos ajustes. Los remordimientos me reconcomían y aquel conflicto me paralizó varias semanas. Al final resolví seguir con lo que me había llevado hasta allí; y regresé. Decidí mirar hacia otro lado cada vez que se cambiaba de ropa en mi presencia (o en mi ausencia, mejor dicho). Tras cinco visitas me acostumbré a acompañarla y derivé mi atención no tanto a observarla (como el voyeur pervertido en el que, sin duda, me había convertido) sino a tratar de comprender las razones por las que su mundo se tambaleaba. Me limité a acompañarla, como simple testigo de un naufragio anunciado.

Nunca vi entrar a un chico en su dormitorio. De sus tres amigas solo una de ellas no la abandonó cuando su carácter se volvió tan variable como insufrible. Nunca la oí hablar de mí, ni dibujar una flecha que atravesara un corazón con su nombre y el mío. Desirée nunca supo de mi existencia más allá de ser el amigo del hermano de una de sus amigas. Dudo que siquiera supiera mi nombre. Mientras yo buscaba su mirada en público, ella veía su mundo derrumbarse en la intimidad. Y así

ocurrió, día a día, ante mis ojos de viajero en el tiempo, hasta la víspera del día de su muerte.

Como no me sentía preparado, me detuve en el umbral del último día. A esas alturas era consciente de que no había sabido comprender lo que pasó (nada tenía sentido) y decidí volver a empezar. Contemplé de nuevo las escenas de mis viajes anteriores. En cada visita apreciaba un nuevo matiz. Cada palabra, cada discusión, encerraba un nuevo significado para mí; algunas porque las entendía en su totalidad, otras porque (al conocer lo que ocurriría más adelante) podía analizarlas como posibles causas. No estoy seguro de cuántas veces reviví aquellos dos años, siete meses y veintitrés días, pero debieron ser muchas.

Como ya dije, mi tiempo no avanzaba durante mis viajes. Siempre volvía al mismo instante en el futuro, mi auténtico presente; pero mi cuerpo no opinaba lo mismo. Lo descubrí una mañana de enero ante el espejo. Mis viajes duraban dos o tres horas (quizás cuatro) pero mi organismo no era ajeno al paso del tiempo. Al cabo de un año había envejecido como diez. Oía a mis compañeros del trabajo murmurar a mis espaldas. Especulaban acerca de una posible enfermedad; pero nunca les corregí porque (en cierto modo) era cierto. Aquel fue el punto de inflexión en mi búsqueda de la verdad. Comprendí que no podía gastar mi vida regresando una y otra vez a aquella habitación sin traspasar la frontera de aquella fatídica fecha puesto que, quizás, las respuestas estuvieran al otro lado, en el día al que me negaba a enfrentarme. Si me dejaba amilanar por el miedo jamás las hallaría.

Programé el viaje para presenciar el acto final de Desireé aquella misma noche. El miedo me sobrecogía y tuve que apaciguarlo con un poco de whisky. No estoy acostumbrado a beber por lo que dos copas fueron suficientes para templar mi ánimo y mi pulso. Cuando me vi en la habitación de Desireé supe que no había marcha atrás. Siempre que la visitaba se me hacía un nudo en el estómago y se me tensaban todos los músculos del cuerpo. En esta ocasión fue diferente: el alcohol me había relajado. Contemplé a Desireé con una nitidez incomparable a ninguna de las veces anteriores; pero también me vi a mí mismo en mi primera visita, y en la segunda, y en la tercera. Pude ver mi espectro en cada ocasión que estuve allí aquel mismo día. No lo entendía pero cuando uno de ellos desapareció empecé a comprenderlo. En todas mis visitas anteriores me había marchado en torno a la media noche, unos minutos arriba, unos minutos abajo. Conforme pasaron fueron desapareciendo todos mis yoes pasados o futuros (ya no sabría definirlos). Finalmente, nos quedamos los dos (Desirée y mi último yo) a solas en la madrugada de aquel triste día, dos horas antes de que ella se marchara para siempre.

Desireé lloraba sin consuelo, compungida, rota. Gritaba una y otra vez. Nunca había logrado entender completamente sus palabras pero (ya fuera por efecto del alcohol o porque aquella noche ella no se había tomado la medicación) la entendí: «*¡Márchate, déjame vivir!*», gritaba una y otra vez. Sentí un nudo en la garganta, una pena indecible por aquella niña que había perdido la cordura. Se levantó bruscamente y volvió a gritar: «*¡Márchate, márchate!*». Entonces fue mi mundo el

que se desmoronó. Desireé me miraba a los ojos fijamente. Me estaba gritando a mí, a mi presencia no corpórea. Agitaba los brazos tratando de golpearme pero sus manos atravesaban mi esencia. «*¡No puedo más, no puedo más!*». Las lágrimas brotaron de mis ojos. No podía parar de llorar. Mi corazón se resquebrajó y comprendí (al fin) que el culpable de todo había sido yo, siempre había sido yo. Desireé podía verme. Me podía ver a mí y a todos y cada uno de los *yoes* que la habíamos visitado a diario (y a la vez) los últimos dos años, siete meses y veinticuatro días que estuve (estuvimos) acosándola sin clemencia.

Regresé al futuro, o al ayer. No me quedé al acto final. Ya había hecho suficiente. Hace de esto diez años. No he dejado un solo día de castigarme. La culpa es la carga que arrastro y me acompañará toda mi vida. No he llegado a comprender cómo pude ser el culpable de aquello si el impulso para hacer posible el viaje en el tiempo tuvo su génesis (precisamente) en su muerte. Lo único cierto es lo que sucedió: que ella, la niña que amé en silencio, la que por mis actos enloqueció, dejó de respirar aquel día. No he vuelto a viajar en el tiempo; dejé de hacerlo aquella misma noche. No estoy seguro de si lo volveré a hacer alguna vez. Es más, en ocasiones siento algo así como una presencia observándome. No sé si será un espectro de mi yo del futuro analizando cada uno de mis actos o si será el fantasma de la pobre Desireé buscando una justa venganza.